

iniciadas en la lectura por la institución empezaron a leer de otro modo. Otros intentos de alterar el canon y la doctrina —los de Winters, Pound, James, Reeves— han tenido mucho menos éxito. Pero ahora observamos el avance de lo que puede ser una herejía más radical. A diferencia de los teólogos, no somos hábiles para poner nombres distintivos a las modas hermenéuticas; se trata de otra *new criticism* o *nouvelle critique*, aunque ya ha avanzado mucho desde las innovaciones francesas de los años sesenta. La reaparición del formalismo ruso, el desarrollo de una nueva semiología, de un nuevo marxismo, de un nuevo psicoanálisis, de una nueva anti-metafísica post-heideggeriana, con nuevas formas de historia cultural —todos los progresos que asociamos a nombres como Barthes, Lacan, Derrida, Foucault— han tenido cierto éxito en el interior de la institución y todavía pueden tener más. Acompaña a estas manifestaciones cierto fervor ideológico e indudablemente alteran la configuración de los intereses interpretativos institucionales. Es más, confiesan ser subversivas. Alteran los límites del objeto de estudio, proponen nuevas visiones de la historia, las instituciones y el sentido. Este no es el lugar adecuado para entablar una discusión sobre la validez de tal nueva doctrina; para mantenerme en las fronteras de mi tema, me limitaré a preguntar cómo cabe esperar que la institución la contenga o la controle.

El hecho de que bajo estos nuevos auspicios la interpretación tenga una sociología diferente a fin de cuentas es en modo alguno subversivo; probablemente era necesario avanzar desde la modalidad estética o icónica a la que se ha dedicado una generación y ver los textos literarios como textos entre otros textos, quizá todo requiera una interpretación «deconstructiva» para darle otro período de vida. Ciertos tipos de literatura, lo que los alemanes llaman *Kleinkliteratur* o «literatura trivial», así como el cine, se han acomodado en una especie de sentido deuterocanónico. Por consenso jerárquico la institución intentará protegerse de la barbarie, pero lo hará controlando los nombramientos y las promociones más que trabajando sobre el canon. Por eso existe el riesgo de que los nuevos procedimientos hermenéuticos puedan ser considerados por las personas

interesadas solamente como nuevos procedimientos, mínima metodológica cuya gesticulación parezca vacua y totalmente desprecupada de canon alguno. Tendrán que ser controlados de alguna otra manera. Los nuevos modos de interpretar, practicados con seriedad, son un problema de menor entidad que los practicantes «salvajes», pues siempre hay una continuidad subyacente entre ellos y los modos tradicionales.

No sería acertado llevar demasiado lejos la analogía entre la institución del saber literario y crítico y las instituciones eclesíástica y científica. Como hemos visto, puede que los científicos ni se molesten en examinar nociones que sean institucionalmente contra-intuitivas; una demostración de que el período medio de gestación de los mamíferos sea múltiplo exacto del número π será ignorada o considerada un mero chiste. Y sin embargo este ejemplo proviene de los anales de una institución mucho más segura de sí misma que nosotros; mucho más incluso que la Iglesia, que en sus actuales incertidumbres permite que se le cuelen todo tipo de cosas que hace una generación hubieran sido firmemente rechazadas. El control de la interpretación varía en virtud de la estabilidad social de la institución. Por otra parte, hay miles de hallazgos más o menos triviales, hechos dentro de los confines de lo que llama Kuhn «ciencia normal», que han sido comprobados y aprobados, aunque no muy aplaudidos. Entremedio están las obras, muy raras, que, en palabras de Polanyi, «modifican radicalmente puntos de vista aceptados» aun siendo ellas mismas aceptadas; a tales obras ofrecen las autoridades «su más alta consideración».⁷ Sus autores —Einstein, Dirac, Gödel— tienen la fama asegurada más allá de los críticos, sean estos bíblicos o seculares.

Esto implica que la institución científica, aunque admita el cambio más que cualquier otra cosa, lo dirige con mecanismos de elevada complejidad; los juicios de valor sobre los cambios propuestos deben depender de una acumulación de conocimiento y experiencia cuyo aprendizaje

⁷ MICHAEL POLANYI, *The tacit dimension*, 1967, pág. 68. El ejemplo sobre los períodos de gestación es también de Polanyi, pág. 64.